

¿Eres la Palabra Viva?

Es la Palabra la que da la vida, esa vida del Evangelio, pero hay que ponerla en práctica. Si Dios mismo es quien nos habla, ¿cómo no vamos a acoger su Palabra? La invitación a escuchar su Palabra se repite en la Biblia mil ciento cincuenta y tres veces. Y es la misma invitación que el Padre dirige a los apóstoles cuando el Hijo de Dios, “la Palabra”, viene a vivir en medio nuestro: “Escúchenlo”.

En la Biblia, esta expresión se refiere más bien a escuchar con el corazón y no sólo con los oídos. Significa, por tanto, adherir totalmente, obedecer e identificarnos con lo que Dios nos dice. Y hacerlo, además, con la misma confianza del niño que se abandona en los brazos de su madre y se deja llevar por ella. Es precisamente lo que el apóstol Santiago nos dice en su carta:

“Hagan lo que dice la Palabra y no se engañen limitándose a escucharla”

Aquí resuena el eco de las enseñanzas de Jesús, cuando Él

mismo llamaba bienaventurados a los que escuchan y ponen en práctica la Palabra de Dios, y cuando reconocía como a su madre y a sus hermanos a los que la escuchan y la ponen en práctica. Repitiendo una imagen de Jesús, el apóstol Santiago la compara a una semilla depositada en nuestro corazón. Hay que escuchar la Palabra “con docilidad”, pero no basta solamente acogerla y escucharla, porque así como la semilla da fruto, igualmente la Palabra de Dios en nosotros tiene que fructificar transformándose en vida concreta.

Jesús mismo lo explicó en la parábola de los dos hijos. Uno de ellos, cuando su padre le pidió que fuera a trabajar en el campo, le dijo que “sí” pero después no fue. En cambio el otro, que le contestó “no tengo ganas de ir”, lo obedeció y se fue a trabajar, demostrando concretamente cómo hay que escuchar y vivir la Palabra. Quien mejor escucha la Palabra,

afirma Jesús al final del discurso de la montaña, es aquel que la pone en práctica dando consistencia a su vida, igual que una casa construida sobre la roca.

“Hagan lo que dice la Palabra y no se engañen limitándose a escucharla”

En cada una de sus Palabras, Jesús expresa todo su amor hacia nosotros. Tenemos pues, que encarnarlas, hacerlas nuestras y experimentar toda la potencia de vida que contienen y que se volcará, si las vivimos, en nosotros y a nuestro alrededor.

Si nos enamoramos del Evangelio, hasta el punto de que nos transforme totalmente, también nosotros podremos desbordarlo sobre los demás. De este modo corresponderemos al amor de Jesús. Y no seremos ya nosotros, sino Jesús quien vivirá dentro de nosotros. Así experimentaremos la verdadera libertad, más allá de nosotros mismo y de nuestros límites o

condicionamientos. Y no sólo eso, veremos también estallar la revolución de amor que Jesús, viviendo en nosotros, provocará en el tejido social en el que vivimos.

“Hagan lo que dice la Palabra y no se engañen limitándose a escucharla”

Es lo que experimentamos en los primeros tiempos del Movimiento, durante la II Guerra Mundial, cuando en la ciudad de Trento, y a causa de los continuos bombardeos, corríamos a los refugios llevando únicamente el pequeño libro del Evangelio.

Lo abríamos, lo leíamos y creo que, por una especial gracia de Dios, esas Palabras que habíamos escuchado muchas veces, se nos iluminaban con una luz totalmente nueva. Eran Palabras de vida, que podían ponerse en práctica.

“Ama al prójimo como a ti mismo” y en medio de la oscuridad y de la tragedia de la guerra, las personas amadas así volvían a sonreír, a experimentar la serenidad y el sentido de la vida. “Den y se les dará” y después de algún pequeño gesto de

generosidad, nos llegaban de providencia libras y libras de alimentos, que distribuíamos continuamente entre los más necesitados de la ciudad.

Y a nuestro alrededor, después de pocos meses, vimos surgir una comunidad viva formada por 500 personas.

Todo era fruto de la comunión con la Palabra, que era constante y dinámica, minuto tras minuto. Estábamos embriagados por la Palabra, si así se puede decir, pues era la Palabra quien vivía en nosotros. Y por eso mismo, bastaba decir “¿Vives la Palabra?”, “¿Eres la Palabra viva?” para que creciera más entre nosotros el ímpetu por vivirla.

Podemos regresar a esos tiempos. El Evangelio es siempre actual. Y depende únicamente de nosotros creerlo y experimentarlo.

“Hagan lo que dice la Palabra y no se engañen limitándose a escucharla”

Santiago 1,22

Tomado de *Palabra de Vida*
Chiara Lubich